

bres, por vida el misticismo, por poesía y arte la oración, por único objeto el bien universal, por única esperanza el descanso después de la muerte en el seno de la bienaventuranza.

—Ni más ni menos que yo, pendenciero, jugador, mujeriego, camorrista; ni más ni menos que yo, amigo Serafín.

—Fáltome tiempo para entrar en el convento, y una vez entrado, para vivir de aquella vida celeste. El misticismo, natural á mi alma, embargaba la vida entera. ¿Con qué íntimo placer me arrodillaba sobre las frías piedras de mármol, delante del altar mayor, cuando los coros de los monjes se unían con las notas del órgano, y los rayos del sol cernidos al través de los vidrios de colores, se reflejaban en las doradas alas de los ángeles, en los libros marmóreos de los santos, en las coronas de los reyes tendidos sobre sus fastuosas sepulturas; y el sacerdote elevaba la hostia consagrada entre nubes de incienso al través de cuyas indecisas y azuladas espirales veía en visión beatífica la Trinidad divina, animando con su esencia, no solamente la vida en la naturaleza, sino también las ideas en mi alma, presa en aquel sublime instante de un profundo y religiosísimo deliquio, en virtud del cual sacudía de sí todas las cenizas de la materia y del cuerpo para perderse, mas etérea que las mismas religiosas plegarias, en la insondable eternidad.

—Pues yo, aparte de algunos arrebatos de pasión y algunos asaltos de mal humor que me inclinaban al claustro, he corrido la tuna como si fuera todavía mozalvete; he estudiado los femeninos modelos revestidos con los trajes del paraíso antes de la culpa; he trincado en las tabernas, he combatido en las calles, he jugado en los garitos, he asistido á todas las orgías, he puesto mis cinco sentidos en arrojarme como á nado en las emanaciones de la vida universal y confundirme á guisa de bacante en la embriaguez de la vida, presa por completo de la fiebre del placer y de la exaltación de los sentidos.

—Pero ¡ah! Filippo, compadéceme; entre tantas oraciones empecé á dudar, ó mejor dicho, empecé á no creer.

—Pues, mira, para que todo sea entre nosotros dos radicalmente opuesto, entre tantos placeres y tantas orgías, yo he creído siempre.

—¿Cómo es posible que, si tus creencias fueran sinceras, no encarnaran profundamente en tu vida?

—Mira, yo creo en Dios á puño cerrado, yo creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia. Nunca me paré á pensar en los dogmas sino para adorarlos.

—Mas ¿cómo con tales creencias tienes esa vida?

—Por una sencillísima razón; porque yo creo á Dios más resplandeciente por su misericordia que por su justicia. Yo le creo infinitamente bueno, y por ende, no espero que me haga ningún mal. Para mí nuestro Dios es el

Dios del perdón. La rigidez de sus leyes se halla templada por la dulzura de su bondad.

—Pero, Filippo, Dios ha escrito las leyes y luego te ha dado la libertad. En su sabiduría, ha querido que el mal no viniese jamás de su voluntad sino de la nuestra. Esencial y absolutamente libres, el castigo que nos imponga, no nace de él sino de nosotros mismos, artífices de ese castigo irremediable. Y no solamente ha escrito el Criador una ley, nos ha dado para verla una luz natural que se llama la razón; además de otra sobrenatural que se llama la fe. Y luego, para avisarnos de las infracciones de esa ley, nos ha dado un juez muy severo que pesa todas nuestras acciones, sin dejarnos de la mano ni un momento, y que se denomina conciencia. Y después de habernos dado en la razón un criterio, en la conciencia un tribunal, ha querido también dotarnos de la libertad, á fin de que por nosotros mismos nos sometieramos á sus leyes ó las quebrantáramos si queríamos. Por lo mismo el mal que hacemos no tiene excusa, pues con tales y tantos medios podemos evitarlo é ir al bien, por deliberados propósitos, y plena y completa voluntad.

—Eso está perfectamente hablado y no tengo ninguna objeción que oponerle. Razonas como si fuéramos espíritus puros. Allá en el éter tu doctrina no podría encontrar reparo ni objeción. Pero acuérdate de que llevamos con nosotros este incómodo compañero que se llama el cuerpo, y que tiene mucho, pero muchísimo de bestia, como sujeto á leyes cuyo fatalismo no puede en manera alguna contrastar. No soy libre de no constiparme, ni libre de no tener hambre, ni libre de ahogar otros apetitos.

—No me digas eso. Si fueras eterno en tu forma presente, de seguro tendrías razón, completa razón. Pero no hay pasión alguna capaz de vencer al hombre, que puede morir antes de claudicar. La muerte, la muerte, hé ahí el refugio de la vida. En la escala de la creación es el hombre el único animal que se mata á sí mismo. Los demás seres están sujetos á la vida por la fatalidad de su instinto. Nosotros, como podemos evadirnos de las leyes, podemos escaparnos de la cárcel del mundo. Por consecuencia, no me hables del poder fatal de la materia sobre quien tiene el poder superior de darse la muerte.

—Serafín, ¿á dónde vas con esos pensamientos?

—No pensamos aquello que queremos.

—Reflexiona que tus teorías morales dan fatalmente en el suicidio.

—No, mil veces no.

—Acabo de oírlo y me lo niegas.

—Me habré explicado mal.

—Quizás; porque yo persisto en que he entendido bien.

—Decía, no que debiéramos suicidarnos antes que caer, no; decía que, puestos por ajena voluntad ó fuerza ajena, en la dura alternativa de claudicar

car ó morir, debíamos anteponer á las malas acciones una buena muerte. Y para probarte como en la muerte puede y debe encontrarse alivio á muchos males, decíate que el hombre es el único animal en las escalas del organismo, capaz de vencer su instinto de conservacion hasta el extremo de darse á sí mismo la muerte.

—Ahora comprendo mucho mejor tu pensamiento, aunque en su fondo queda siempre alguna sombra, por lo cual deduzco sin necesidad de que vuelvas á repetírmelo, como te separas poco á poco de los principios de tu antigua doctrina y de los dogmas de nuestra Santa Iglesia.

—A eso voy. Vivía en el monasterio como si viviese en el cielo. Sus celdas, sus claustros, su disciplina, cuadraban al fervor religioso de mi ánimo. Aun no había sonado la campana del alba cuando estaba yo en el coro. Aun no había amanecido el nuevo día en los horizontes, cuando amanecía la oracion en mis pensamientos, volando al cielo en pos de la primera luz antes que las madrugadoras avecillas. Todas las ceremonias de la Iglesia me poseían por igual hasta absorberme en sus misterios. Con qué regocijo asistí á las misas de Navidad, creyendo ver entre las quebraduras del monte los pastores con sus ofrendas, y oír el concierto de sencillas voces acompañadas por misteriosas zampoñas, en torno del divino Niño que nos traía el perdón de la culpa, y nos recobraba la inocencia del Paraíso. Cuando entonaba el oficiante con los brazos alzados á las alturas el *Gloria in excelsis Deo*, y prorrumpían las trompetas del órgano en aquel alborozo, y las voces del coro en aquel hosanna, mi alma saltaba del cuerpo; y como si tuviera alas, prestadas por los torrentes de armonía, se elevaba entre las potestades celestes á la vision beatífica del Eterno. Emociones contrarias pero igualmente profundas me causaban todas las festividades religiosas. El Miércoles de Ceniza traía á mis mientes la fragilidad de la vida, pronta á disiparse como el humo, y reconcentraba mi pensamiento con sus tristes cantos y sus solemnes meditaciones sobre las desnudas lozas de los sepulcros, dejándome despues de sus rezos tan inanimado y yerto, como los cadáveres y los esqueletos. En los entierros, así que oía las salmodias del *Dies iræ*, me aterraba; como si la obra del Universo estuviese ya concluida, la pasion de la humanidad consumada, el día último de la vida universal señalado; y los ángeles exterminadores, lanzando hálito mortal de los labios entreabiertos por la cólera, viniesen á destruir los mundos con sus espadas; mientras, al son de la trompeta del Juicio, los muertos se despertaban del polvo, y se dirigian mirando con sus ojos vacíos á todas partes, y haciendo sonar en terrible estridor sus huesos mondados hácia el eterno Juez, cuyo trono relampagueaba entre rojizos nubarrones, parecidos á vapores de sangre sobre remolinos de destruccion, y á fantásticos reflejos proyectados en el inmenso negro cielo por las universales ruinas. Y al mes de Mayo, cuando el horizonte más resplandecía y verdeaba más el campo, entre los arbustos carga-

dos de flores y de nidos, viendo las rojas amapolas juntas con las espigas de los trigos, y las golondrinas acompañadas por los ruiseñores, al piar de los pajarillos recién salidos de los huevos, y al susurrar del arroyo recién hinchado por las primaverales lluvias, cantaba las alabanzas de la Virgen y sentía derramarse por todo mi sér, con los acordes consagrados á la rosa mística en las interminables letanías, el fuego de amor divino, á cuyas vívidas llamas se animara la luz primera del Universo en la primer mañana de la creacion. En todo creía entonces, como cuando era niño y me enseñaba la religion mi madre. Pero, á fuerza de leer, empecé á dudar. Recuerdo, como si fuera ahora mismo el génesis de mi duda. Era una tarde hermosísima de la Pascua de Pentecostés. El sol entraba por las vidrieras de la Iglesia superior de Asis, y entonaba con sus rayos quebrados en mil matices varios las aureolas de los santos, los ojos de las vírgenes, las doradas alas de los ángeles. Al son del órgano que vertía por doquier ruidosísimo regocijo, habíamos cantado vísperas consagradas al Espíritu Santo. Despues del *Veni, Creator*, calló el coro en sublime recogimiento, y las voces del órgano produjeron un rumor, semejante al rumor del trueno en las selvas; tanto que yo creí ver el espíritu de Dios extendiéndose, como una águila sobre su nido, sobre la inmensidad del espacio. Entonces brotó mi duda. Entonces me dije á mí mismo, no que las revelaciones enviadas del cielo fueran mentidas, libreme Dios de tal pensamiento, sino que estaban incompletas, necesitando nuevas confirmaciones celestes, puesto que así en religion como en ciencia, aunque puedan asentarse muchas verdades definitivas é indiscutibles, jamás se dice ni jamás se oye la última palabra. Y pensé en nuevo cenáculo, en apóstoles nuevos, en una Iglesia de lo porvenir, más pura, es verdad, que todas las antiguas Iglesias; y con resplandores mucho más vívidos, mucho más intensos, mucho más luminosos de la eterna verdad, cuyo calor fecunda y produce eternamente el bien. Y no podeis dudar. Las personas de la Trinidad son tres, aunque Dios sea uno solo en esencia y en sustancia. El Padre es el Sér, el Hijo es el amor, el Espíritu es la ciencia.

En el mundo antiguo tuvimos la revelacion del Padre reducida á un solo pueblo; en el mundo moderno la revelacion del Hijo ampliada á muchas más naciones; y en el mundo por venir tendremos la revelacion del Espíritu Santo extendida á toda la humanidad. El libro de la primera revelacion fué la Biblia, donde el sér absoluto se manifestó en toda su omnipotencia; el libro de la segunda revelacion el Evangelio, donde se revela el Verbo en todo su amor; y el libro de la tercera será el libro de la ciencia, revelador de la verdad en toda su pureza. El Padre nos dió la vida y la ley de la vida; el Verbo nos dió el amor y nos reconcilió con el Padre; el Espíritu nos dará la plenitud de la luz con la plenitud de la ciencia. De un monte, el Sinaí, descendió la ley; de otro monte, el Calvario, descendió el sacrificio

por la ley; de otra montaña mística descenderá la idea. Entonces veremos que todas las religiones han sido en más ó menos grados símbolos de una sola religion, guardada en las cimas de las idealidades celestes para educar y perfeccionar el hombre. Así, no solamente sentí en mi corazon estas ideas ardientes como la sangre de la juventud encendida por el amor, sino que sentí necesidad de difundirlas. Si la revelacion del Padre habia sido revelacion de la autoridad; no así la del Hijo, que fué revelacion de libertad. Pero la libertad plena, como la verdad plena para mí, no podrian encontrarse sino en la última de las revelaciones posibles, en la revelacion del Espíritu Santo. ¡Ah! Todas estas ideas subieron como azulada nube al cielo, sin que las empañase con una sola sombra nuestra baja tierra. Salian de mi alma con esa espontaneidad de las grandes creencias, y se acercaban al cielo con esa ingénuu sencillez propia de la fé. En mi ignorancia y en mi inocencia creíme mucho más cerca de Dios, desde el punto y hora de esta revelacion súbita. Me acuerdo que pasé aquella tarde en beatitud celeste. Los objetos se trasparentaban á mi vista como si quisieran revelarme la idea divina que cada uno lleva en su seno, y decirme como son pálidos símbolos de anteriores arquetipos. La noche vino y con ella vinieron nuevas y más felices visiones. Me parece que veo todavía desde la ventana de mi celda por el cielo despejado, la luna llena reflejando sus rayos en la nieve de las montañas de Umbría; en los arcos marmóreos del monasterio de Asis; en la lustrosa yedra entretejida por los claustros y por las sepulturas. La voz del poeta de la noche, escondido en las verdes ramas de un oscuro ciprés, subía al cielo como para acompañar mis ideas. Dormí el sueño de los justos y me desperté en las más tranquilas esperanzas. ¡Cuál no seria, pues, mi asombro, cuando al ir á reconciliarme en la mañana siguiente con mi confesor para decir la misa sin sombra alguna de pecado, me dijo que estaba en mitad del infierno á causa de estos malos pensamientos, y que debía arrepentirme; porque, de lo contrario, llamaba sobre mi alma el rayo de la cólera celeste y sobre mi cuerpo el castigo de la Santa Inquisicion! No quiero, Lippi, no quiero decirte lo que por mí pasó. El fuego del infierno verdaderamente se pegó desde entonces á mis carnes. Caí á mis propios ojos en los más pavorosos abismos. Traté de arrepentirme y enmendarme, pero á mi porfia contestaban las ideas inspiradas por un poder mayor que mi voluntad, imponiéndose con verdadera fuerza. El confesor se apartó de mí como de un apestado, y por el convento corrió la nueva de que no habia obtenido la absolucion en vista de la muchedumbre y la perversidad de mis maldades. Nadie me miraba, nadie me hablaba. Parecia la sombra de un muerto. Mi alma necesitada de afectos, se consumia en aquella soledad tan triste como la desolacion del desierto. Más que ódio mostraran hácia mí glacial indiferencia, y confieso que prefiriera el ódio. Por fin, yo que antepongo en teoría la muerte al crimen, claudiqué, hermano mio, claudiqué.

Notifiqué á mi confesor una mentira, á saber: que solemnemente me retractaba de mis ideas, y dije misa despues de su absolucion. La paz volvió al convento; pero no volvió á mi alma. ¿Y cómo volver? Pertenece con el cuerpo á una Iglesia á la cual no pertenecia con el espíritu. Practicaba una liturgia en mi vida sin el asentimiento de mi conciencia. Ofrecia á Dios un holocausto renegado en lo íntimo del sér por mi enflaquecido corazon. ¡Horrible tormento!

—Aun lo hay mayor.

—No lo creas.

—Las batallas del pensamiento no son nunca como las batallas del corazon.

—Filippo, te quiero demasiado para pretender que experimentarás por tí mismo y en tí mismo lo vano de tu afirmacion.

—Serafin, no padezcas nunca lo que yo he padecido.

—¡Oh! Abrazar el sacerdocio con toda la fé del alma y sentir luego que esa fé, encanto de la vida, esperanza para la eternidad, se debilita y se acaba! ¡Estar en el paraíso, á la sombra del árbol de la vida, y sin presentirlo siquiera; encontrarse entre las flores, enroscada como una serpiente, la ponzoñosa duda! El acento del órgano que antes te elevaba al cielo, suena gárrulo como el viento entre las cañas; la efigie divina, que á través de su mirada y de su sonrisa, te prometia el divino amor, se convierte en pálida ficcion del arte; truécase el templo, henchido de oraciones y cargado de lágrimas, en aparatoso teatro; y el corazon que se habia adherido al ara, al tabernáculo, al santo altar y vivia de su jugo, y la inteligencia que brillaba como la mística lámpara del santuario, en presencia de Dios, pierden sus ideas, no quedándole más remedio que pedir en la tristeza de su abandono y en la intensidad de su dolor, el sueño eterno y la eterna nada. Y luego, como te rebajas á tus propios ojos, como desmereces ante el juicio de tu propia conciencia, como caes del sólio altísimo de tu dignidad al verte forzado por leyes fatales á murmurar una oracion con los labios y otra con la inteligencia, á mentir una fé que no experimentas en tu corazon, á postrarte ante un altar que es de piedra dura y fria, en comparacion de los altares elevadísimos que á un Dios desconocido del resto de los mortales elevas en la secreta intimidad de tu alma.

—Las tormentas de la inteligencia, en comparacion de las tormentas del corazon, parécenme vanas. Tú has sentido la duda; pues yo he sentido el amor. Tú has renegado de tu fé, yo de mis juramentos. Tú has experimentado zozobras allá en la region serena de la inteligencia, yo los estremecimientos del dolor material y físico aquí en mis entrañas. Mucho morderá una idea, pero no tanto como una pasion. Mucho atenaceará un problema, pero no como atenaceaba el amor. Mis días en la tristeza, mis noches en el insomnio, los suspiros sin desahogo, las vehementes aspiraciones sin reali-

zacion posible, el amor sin esperanza, ¡ah! eso, eso es el infierno. Ahí está con sus llamas eternas, con sus torcedores terribles, con sus penas inacabables, en toda su verdad.

—Filippo, ¡qué desgraciados somos!

—Serafin, más aún de lo que nosotros mismos imaginamos.

—Mi corazón está casto como el corazón de una virgen; pero mi conciencia está oscura como la noche.

—Mi inteligencia está pura como la fé de un bienaventurado; pero mi corazón está henchido de tormentas.

—¿Por qué no me das, Filippo, tu inteligencia?

—¿Por qué no me das, Serafin, tu corazón?

—Yo me he consagrado al bien, para divertir mis tristes pensamientos y acallar con las buenas obras las reconvenciones de mi conciencia.

—Yo me he dado al arte para amar algo.

—Y cuanto más penetro en las sinuosidades de la vida, más anhelo predicar á los desgraciados, á los oprimidos, á los perseguidos, la religion del Espíritu en que mi alma se abrasa.

—Y cuanto más me elevo al ideal artístico, más me embriago en el amor humano.

—La Madre Priora.

Gritó el monaguillo, entrando de pronto y dirigiéndose á Fra Filippo Lippi.

—¡La Priora!

Dijo Lippi bajando profundamente la cabeza.

En efecto, describióse una cortina de rosada seda que se veía en frente del sitio ocupado por los dos frailes, y á través de dorada reja, con aire de satisfaccion, ademanes de imperio y actitud de majestad, apareció la Abadesa rodeada de varias educandas y novicias. Filippo, al pronto, no vió nada porque sus ojos prescindieron de todo cuanto se le presentaba para fijarse en las novicias y educandas, por si acaso estaba entre ellas Lucrecia. Pero bien pronto pudo cerciorarse de que no estaba, y volvió sus expresivos ojos hácia la Madre Abadesa que le sonreía con franca y bondadosísima sonrisa.

—Alabado sea el Señor.

Dijeron á una todas las aparecidas en la dorada reja.

—Por siempre sea alabado.

Repitieron los dos frailes.

—Fra Filippo.

—Señora.

—Huélgame mucho de ver á Vuestra Paternidad por este Convento.

—Y yo más de ver á Vuestra Maternidad en tan buena salud.

—Me gustan los conventos, decía, filosofando como siempre, Gasparo

á su amo Guido, á quien pisaba los talones, segun le seguía de cerca, en el momento de entrar ambos á dos en la sacristía.

—¿Por qué te gustan?

Le preguntó Guido.

—Porque, en razon á sus votos de no ser padres ni madres, se llaman unos á otros monjas y frailes paternidad y maternidad, ni más ni menos que llamamos rabones á los mulos, y perdone Vuestra merced la comparacion, que no tienen rabo.

—No tontees, Gasparo, y deja todas esas salidas tuyas para cuando estemos solos.

—El caballero Guido de Montaperto desea conocer al fraile Filippo Lippi.

Dijo la Priora al ver entrar á los nuevos circunstantes.

Guido se dejó á su espalda á Gasparo, se adelantó unos pasos y exclamó, haciendo reverencia profundísima.

—Es verdad.

—Gracias os sean dadas.

Dijo Lippi muy conmovido pero poco turbado.

—¿Quién no desea conocer á Lippi?

—Señor.

—¡Qué extraña mirada!

Exclamó Guido para sí.

—No tengo palabras bastantes á expresar mi gratitud.

Murmuró Lippi.

—Juraría que yo he visto estos ojos alguna vez y en alguna otra parte.

Añadía entre sí Guido.

—¿Qué gentil presencia! Decía Lippi entre dientes. ¿Será posible que Lucrecia no le haya amado? ¡Qué dudas! Soy un necio. De amarle, se hubiera casado con él.

—¿Qué dices?

Preguntó Serafin.

—Nada.

Respondió Lippi.

—El caballero Montaperto, exclamó la Priora, quiere ayudarnos á pintar este monasterio, y nosotras no hemos encontrado artista mejor que Fra Filippo Lippi, un monje.

Berta, que estaba entre las monjas del locutorio, tosió fuertemente al oír las candidas palabras de la Superiora y dijo, volviéndose á una de sus vecinitas, con gran retintín.

—Si supiera los chismes de vecindad como debía, no se fiara gran cosa nuestra Madre del frailecillo.

—La Señora, dijo Guido, os encargará lo que quiera; y yo lo pagaré.